



ARGENTINA

Sobre la revolución, los partidos, el Estado y el futuro. Seis apuntes breves para pensar la coyuntura

Por **Eduardo Rinesi**

En una serie de breves reflexiones, Eduardo Rinesi articula tópicos de la coyuntura política actual con los grandes temas del pensamiento político. Discutir la dicotomía “república-populismo”, retomar las teorías clásicas sobre el Estado o sobre la sociedad de consumo aparecen en estas líneas como tareas urgentes para pensar la política argentina o las transformaciones de la política mundial.

1.

La vocación por afirmar y profundizar la integración política, económica, social y cultural entre los países de América del Sur fue uno de los puntos de consenso más notorios entre los diversos expositores que participaron en el Foro por la Emancipación y la Igualdad desarrollado semanas atrás en Buenos Aires. Y es muy bueno que así haya sido y que ese espíritu haya dominado tan manifiestamente toda esa reunión, porque esa vocación integracionista, que hasta hace poco tiempo presidía de manera muy sonora la retórica oficial de la mayor parte de los gobiernos de nuestros países, venía volviéndose bastante menos audible últimamente. Así, la insistencia de muchos de los oradores que participaron en el Foro en sostener en alto los principios que oportunamente habían dictado el todavía conmovedor “No al ALCA” marplatense de fin de 2005 fungió como un saludable llamado de atención. Por un lado, frente al desparpajo y la brutalidad de las agresiones norteamericanas a algunos de los procesos más emblemáticos que se desarrollan hoy en nuestros países: fue muy bueno que se reiterara tantas veces, a lo largo de los tres días del

encuentro, que cualquier agresión a cualquiera de ellos debe ser tenida por una afrenta a todos, porque es el futuro de todos el que está en juego en la suerte que corra cada uno. Por otro lado, para recordarnos que, incluso en medio de las dificultades *y justo* porque esas dificultades son grandes y pueden ser mayores, es necesario perseverar a toda costa en el camino de la integración de toda la región, el único que nos permitirá mirar al mundo de otro modo. La decisión de la señora Merkel de, ante la primera dificultad de sus socios de la Unión Europea, dejar de venderle los productos de la industria alemana a ellos y empezar a vendérselos a sus nuevos socios chinos no demuestra que los alemanes sean gente inteligente, como sugirió el 1º de marzo la presidenta de la nación en la frase menos afortunada de un discurso, por lo demás extraordinario, sino que los alemanes han decidido cortarse solos y dejar al resto de los países europeos librados a su suerte. *No puede ser ese un modelo a imitar por la Argentina ni por ninguno de nuestros históricos socios económicos, políticos, sociales y culturales de América Latina*, y es una gran cosa que en el Foro del Teatro Cervantes se haya insistido con tanta vehemencia sobre esto.

2.

El candidato es el proyecto. La frase es rara, y suena un poco a subterfugio o a pretexto. A evasiva. O a confesión de la necesidad de inventarse como antipersonalista, quién sabe con cuánta convicción, de un movimiento político que desde que nació, doce años atrás, sostuvo su identidad y su programa bajo la traza de dos fortísimos liderazgos personales. O a astucia elemental: es

La insistencia de muchos de los oradores que participaron en el Foro por la Emancipación y la Igualdad en sostener en alto los principios que oportunamente habían dictado el todavía conmovedor “No al ALCA” marplatense de fin de 2005 fungió como un saludable llamado de atención. Por un lado, frente al desparpajo y la brutalidad de las agresiones norteamericanas a algunos de los procesos más emblemáticos que se desarrollan hoy en nuestros países. Por otro, para recordarnos que, incluso en medio de las dificultades es necesario perseverar a toda costa en el camino de la integración de toda la región, el único que nos permitirá mirar al mundo de otro modo.



obvio, por razones que cualquiera entiende, que la presidenta ocupará con tanta más fuerza el centro de la escena política nacional cuanto más logre demorar el momento en que se haga público el nombre de quien habrá de sucederla, y es igualmente evidente que la presidenta ha decidido no ceder ese centro de la escena, desde el que gobierna hoy con un dinamismo y un nivel de actividad y de iniciativa que sería sorprendente incluso si estos meses fueran los primeros, y no los últimos,

La más que centenaria Unión Cívica Radical tiene dos almas. Una es la que llamaré su alma liberal. La otra es la que llamaré su alma democrática. Ninguno de esos dos sistemas de valores o principios, sino el pragmatismo más craso y de más estrechas miras, explica ni mucho menos justifica el vergonzoso paso que han decidido dar los principales dirigentes de uno de los grandes partidos democráticos argentinos al adoptar la decisión de aliarse a la expresión partidaria más notoria e inequívoca de la derecha en el país.

de los noventa y seis durante los cuales, en total, va a haber gobernado. Por lo demás, ¿no sería una decisión perfectamente democrática la de utilizar la herramienta con la que hoy contamos de las PASO para que sea la ciudadanía (el sector de esa ciudadanía más orientado a votar por los candidatos del partido oficialista) quien decida cuál es el candidato que mejor expresa ese proyecto que —como muy verosímilmente se supone— un porcentaje amplio de la población querrá votar? ¿Por qué debería Cristina “decidirse y dar el nombre de su candidato de una vez”, como se oye rezongar, en presunta defensa de la “salud del sistema de partidos”, a quienes querrían saber cuanto antes contra quiénes deberán templar sus armas sus ya decididos (por cierto que sin mayor consulta) candidatos? Escucho responder: “Porque tanto Alfonsín como Menem, cada uno a su hora, se decidieron y dijeron quiénes eran sus candidatos, evitando así tener a todo un país en vilo”. Es verdad: no fue por falta de definición

sobre sus candidatos continuistas que Alfonsín y Menem tuvieron al país en vilo en los penosos meses finales de sus respectivas gestiones, tan distintos de los de la actual. También es cierto que esos candidatos que Alfonsín y Menem eligieron estaban en las antípodas de sus propias



posiciones en los partidos políticos que conducían, y también lo es que esos candidatos, después, perdieron las elecciones para las que habían sido tan poco participativamente nominados. A lo mejor es justo por eso que se le pide a la presidenta que haga lo que siempre se le critica, lo que siempre le critican los mismos que ahora le piden que lo haga: que decida (ella), que designe (ella) y que diga (ella) con quién es que deberán medirse.

3.

La más que centenaria Unión Cívica Radical tiene dos almas que sostienen entre ellas, casi desde el inicio mismo de su jornada, un diálogo en el que radica una parte grande de su riqueza y de su dinamismo. Una es la que llamaré su alma liberal, la más antigua, la que presidía la retórica y la acción política del viejo Leando N. Alem y que desde entonces hasta los años de Raúl Alfonsín no dejó de recorrer (a veces con inflexiones más progresistas, otras veces con inflexiones más conservadoras) uno de los andariveles principales de la historia de las ideas y de las acciones políticas del radicalismo. La otra es la que llamaré su alma democrática, o incluso –como ha propuesto Gerardo Aboy Carlés– populista: la que desde los años de Hipólito Yrigoyen busca dar una articulación popular, plebeya, al ideario anticonservador de los primeros radicales, y la que tampoco deja de estar presente como una orientación muy importante –en evidente tensión o polémica con la otra– en los estilos oratorio y gubernativo del primer presidente del ciclo de la “transición”. *Ninguna de esas dos almas, ninguno de esos dos sistemas de valores o principios, sino el pragmatismo más craso y de más estrechas miras, explica ni mucho menos justifica el vergonzoso paso que han decidido dar los principales dirigentes de uno de los grandes partidos democráticos argentinos al adoptar la decisión de aliarse a la expresión partidaria más notoria e inequívoca de la derecha en el país.* Que además los ningunea, los insulta, los desprecia. Los pone a soplar globos amarillos para una fiesta a la que no piensa ni invitarlos. Y les dicta, junto a los verdaderos amos, que no son ninguno de ellos, el libreto que al senador Sanz no le da ni un poquito de vergüenza repetir todos los días, articulando sin ninguna gracia distintas formulaciones de una misma y reiterada contraposición: la de la “república”, virtuosa y casta, con el “populismo”, feo, sucio y malo. Con ese discurso insulso y vano han decidido los dirigentes del partido de Alem y de Yrigoyen salir a la caza



de los votos que esperan recoger en la zona derecha del espectro de los electores argentinos, que además esperan que sean más que los que van a ser. Alguna vez, cuando esos electores de derecha eran en efecto muchos más que los que van a ser ahora, Raúl Alfonsín dijo que si la ciudadanía argentina se había vuelto de derecha el radicalismo debía prepararse para perder elecciones, *no* volverse de derecha. Es una pena que la Unión Cívica Radical no esté hoy a la altura de esa frase.

4.

Por lo demás, ¿qué significa esa repetida e insulsa contraposición entre los valores de la república y los disvalores del vilipendiado populismo? El tiempo pasa, las mesas de las librerías del país y el mundo se llenan de libros escritos por tipos cultos, sutiles y empeñosos que en su infinito candor pensaron que podían ayudarnos a levantar la puntería de nuestras discusiones, o por lo menos a usar un poco menos torpemente las palabras, y ni el senador Sanz ni los epónimos y toscos editorialistas de los grandes diarios dan una sola señal de estar dispuestos a dejar de ofender nuestra inteligencia. Que si por un lado protesta ante el olvido, en el argumento que contrapone la república al populismo, de todo lo que nombra la fundamental tradición del republicanismo *popular* (porque, en efecto, desde antiguo los teóricos de la república hicieron la distinción entre la república aristocrática y la república popular, entre la república de los pocos y la de los muchos, entre la de las élites y la del pueblo, y porque fueron demasiado interesantes las muchas cosas que se escribieron a favor de lo que nombran los segundos términos de estos pares como para que ahora tengamos que aceptar que la “república” es apenas la defensa de los mecanismos que garantizan la intangibilidad de los poderes menos democráticos de la sociedad), por el otro se subleva frente a la insistencia en amonestar al populismo como el responsable de todos nuestros males, como si no hubieran sido las grandes tradiciones populistas las que en la Argentina y en los demás países de nuestra región velaron siempre, mucho más —por cierto— que lo que lo hicieron las élites *soi disants* republicanas, por la *cosa pública*, por el bien común, por el bienestar general, por el patrimonio colectivo. John William Cooke solía decir, para contrariar a sus críticos provenientes de las tradiciones de izquierda en general y comunista en particular, que “en la Argentina los verdaderos comunistas somos nosotros, los peronistas”. Hoy parece del mismo



modo necesario subrayar, contra la perezosa supervivencia de una dicotomía por todos lados insostenible, que *en Argentina los verdaderos republicanos somos nosotros, los populistas*. En efecto, el populismo no sólo es, en Argentina y en América Latina, la vía por la que nuestras sociedades se volvieron más democráticas: es también la vía por la que se volvieron repúblicas más virtuosas y más fuertes.

5.

El último de los tres escritos que Jorge Dotti incorporó a la segunda edición de su libro *Las vetas del texto* considera una tensión o una aporía que se haría presente, en su opinión, en la figura de las nuevas militancias políticas argentinas que, herederas de las viejas luchas emancipatorias de los 60 y los 70, procurarían hoy, *desde el Estado*, prolongar esos combates. ¿Y por qué eso constituiría una tensión o una aporía? Porque el ideario de la revolución y la defensa del Estado mantendrían entre sí, según sugiere Dotti, una oposición inconciliable que nuestro autor propone incluso anclar en la que enfrenta a la teología política judía, mesiánica y antiinstitucional, y la teología política cristiana, representacionalista y vertical. Que alguien quiera hacer la revolución desde el Estado sólo podría querer decir, según sugiere Dotti, que va a hacer de ese Estado un uso instrumental al servicio de una vocación facciosa, y también y por lo mismo, que a partir de esas acciones que se propone desarrollar desde el Estado no logrará hacer más que erosionar y socavar el principio mismo de la estatalidad, que es (dice Dotti, notoriamente inspirado en las grandes teorías del Estado de los últimos tres siglos y medio) la búsqueda de la pacificación y no la de la guerra. El problema de esta explicación, por cierto que ajustadamente articulada en una exposición filosófica muy elaborada y muy sutil, es que parece haber elegido impedirse pensar lo que el viejo Maquiavelo llamaba “la realidad efectiva” de las cosas, que es *siempre* (y no sólo en el caso de las “nuevas militancias revolucionarias estatalizadas” de las que habla Dotti) una realidad hecha de mezclas y

En Argentina los verdaderos republicanos somos nosotros, los populistas. En efecto, el populismo no sólo es, en Argentina y en América Latina, la vía por la que nuestras sociedades se volvieron más democráticas: es también la vía por la que se volvieron repúblicas más virtuosas y más fuertes.



de todo tipo de impurezas. Es cierto que hoy “hacen política” desde las oficinas del aparato del Estado una cantidad de militantes que tienen en alta estima la herencia de las luchas revolucionarias de cuatro o cinco décadas atrás. Pero también lo es que esos mismos militantes buscan asimismo, *al mismo tiempo que se reclaman herederos de esas luchas*, fortalecer las bases de una estatalidad apropiada a la magnitud de los nuevos desafíos. La presencia en su espíritu y en sus acciones de gobierno de *ambas* inspiraciones y de *ambas* improntas no puede ser apenas censurada como la evidencia de una contradicción.

No es este el lugar para hacer una crítica de las sociedades de consumo, y mucho menos de las que estimulan el consumo popular, que es no sólo un motor evidente de la economía sino también un elemento de dignificación, democratización y justicia. Pero no debemos olvidar que esa crítica de las sociedades de consumo, que ya está hecha desde hace varias décadas, sigue siendo perfectamente procedente. Tenemos que encontrar la forma de volverla parte de un gran debate colectivo, amplio y democrático, del que deberá surgir el camino hacia una forma más humana de organización de la economía y de la sociedad.

Por el contrario, hoy tenemos que hacer el esfuerzo de pensar la novedosa realidad de un Estado al que ya no podemos ver *solamente* como un apaciguador de los espíritus, porque, como ha señalado con agudeza Jorge Alemán, es también uno de los tablados en los que se juega el drama de la lucha por la emancipación.

6.

Vuelvo, para terminar, al foro del Cervantes, y a una advertencia que deberíamos ser capaces de atender. La formuló el ecuatoriano René Ramírez comentando unas mediciones que pudieron hacer en su país y que les revelaron que si al comienzo del ciclo de la “revolución ciudadana” liderada por Rafael Correa los ciudadanos

ecuatorianos, que ganaban en promedio unos 520 dólares por mes, creían que para vivir bien debían ganar unos 540 (es decir, que se declaraban inconformes con sus ingresos en una medida que equivalía al 10% de los mismos), en la actualidad esos mismos ciudadanos, que ganan casi el doble, creen que para vivir bien deberían ganar el triple,



es decir, que se declaran inconformes con sus ingresos en una medida que equivale al 50% de los mismos. O, en otras palabras, que están *mucho más disconformes* que antes. Mucho mejor, y mucho más disconformes. Conocemos esta paradoja, y la queja frente a la ingratitud que ella expresaría forma parte del rosario de lamentos de los dirigentes oficialistas argentinos. Pero es que no es una cuestión de ingratitud ni un asunto que tenga que ver con los valores de las personas, los grupos o las clases, sino un problema estructural. Los modelos neodesarrollistas que vienen impulsando los gobiernos de signo popular de nuestros países han incorporado al mercado de consumo a millones y millones de personas, y nadie podría decir que eso no está bien, y aun muy bien. Pero en algún momento tenemos que parar para pensar qué sociedad *estructuralmente condenada a generar insatisfacción y estructuralmente inviable* estamos cimentando de este modo. ¿Cuántos autos más vamos a seguir poniendo a hacernos la vida imposible en nuestras ciudades? ¿Cuánto petróleo más vamos a tener que seguir sacándole a las piedras para alimentar a todos esos autos? ¿Cuántos celulares vamos a seguir promoviendo que una misma persona compre por año? No es este el lugar para hacer una crítica de las sociedades de consumo, y mucho menos de las que estimulan el consumo *popular*, que es no sólo un motor evidente de la economía sino también un elemento de dignificación, democratización y justicia. Pero no debemos olvidar que esa crítica de las sociedades de consumo, que ya está hecha desde hace varias décadas, sigue siendo perfectamente procedente. Tenemos que encontrar la forma de volverla parte de un gran debate colectivo, amplio y democrático, del que deberá surgir el camino hacia una forma más humana de organización de la economía y de la sociedad. ●

